

Consideraciones finales

Argentina, el séptimo país del mundo en cuanto a la superficie y el octavo a décimo teniendo en cuenta su PIB nominal per cápita durante el período aquí tratado (casi el doble que el PIB polaco en 1938) era, con su gran población de inmigrantes y teniendo en cuenta su historia como país independiente muy breve, era un país periférico desde el punto de mundosistémico¹ y, de alguna manera, constituía una extensión agrícola-ganadera de las economías europeas, especialmente la británica. Argentina era a su vez, objeto de la rivalidad en todos los campos, de las grandes potencias: del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda del Norte, de Alemania y de los Estados Unidos de América.

El Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda del Norte era el principal imperio y potencia de la época que, desde los tiempos de la revolución industrial y de la expansión colonial, formaba las bases del mundosistema y era el primer estado en el centro de dominación mundial, desde la segunda mitad del siglo XVIII a principios del XX.

Mientras el gobierno británico se contentaba con mantener lazos (principalmente económicos) con Argentina, el gobierno de los Estados Unidos hacía todo tanto por llevar a cabo su ideal panamericano de conquista de la hegemonía económica. El comportamiento político-diplomático con la clara voluntad de dominio estadounidense agudizaba los conflictos entre las potencias rivales, no solamente con Gran Bretaña, sino también con Alemania, que a su vez provocaban reacciones en Argentina. Durante la guerra cobró importancia el progresivo cambio en el orden mundosistémico, debilitándose el papel del Reino Unido y fortaleciéndose el de los Estados Unidos. No obstante, la fuerza y los éxitos del gobierno argentino en su política opuesta a la norteamericana no eran solo consecuencia de la situación geopolítica y del potencial de Argentina, sino también del hecho que los Estados Unidos carecían de herramientas de presión en su política de dominación. Dejando de lado el uso de la fuerza, nada hay más efectivo en la política de una gran potencia frente a su socio más débil que la presión económica. Pero, en el caso de Argentina, sus principales

¹ Introduce el término “światosystem” en polaco, inspirado por los escritos de I. Kant, I. Wallerstein y A.G. Frank. En inglés, el término principal de Wallerstein (*world-system*) y el de Frank (*world system*) se traducen en España como mundo-sistema. Mi “światosystem” traduzco como “mundosistema” y su adjetivo “światosystemowy” como “mundosistémico”.

relaciones económicas pasaban por Europa. La diplomacia argentina, además, marcaba su papel mediador a partir de la presidencia de Justo (el ministro Carlos Saavedra Lamas se convirtió en el año 1936 en el primer galardonado con el Premio Nobel de la Paz de fuera de Europa y los Estados Unidos) en la Liga de las Naciones, así como en las conferencias panamericanas. Todo ello daba un mayor peso a Argentina frente a las grandes potencias y facilitaba la construcción de pactos económicos entre los países de Sudamérica.

Con el paso del tiempo, la gente, los hechos (y también los acontecimientos), van adquiriendo una dimensión verdaderamente histórica; el saber y la comprensión van sustituyendo las emociones. Suena casi a una banalidad, pero vale la pena tenerla en cuenta a la hora de reflexionar sobre la historia de Argentina. Hay que entender también el papel jugado por la nueva Alemania nazi que aprovechó el largo proceso del debilitamiento de Gran Bretaña y del crecimiento de la posición de los Estados Unidos, para expandir su poder y dinamizar la rivalidad entre las grandes potencias. En los años treinta del siglo XX la presencia alemana no solo fue de carácter económico, sino también ideológico, de apoyo a las actividades de los nacional-socialistas y la expansión de la ideología nazi, a los colonos germanoparlantes y a sus descendientes. Sin embargo, las buenas relaciones económicas y políticas con el III Reich fortalecían los lazos que unían a Argentina con Europa y reforzaban la política del gobierno argentino frente a los Estados Unidos. Es un papel importante de la presencia alemana tanto en Argentina como en América Latina. Solo a partir de finales de la década de los años treinta el gobierno argentino fue limitando poco a poco la actividad de los nazis, a causa de las extralimitaciones de la propaganda nazi en el suelo argentino, la actividad de la célula local de la NSDAP y debido a la creciente preocupación británica, y las evidentes presiones del gobierno de los Estados Unidos.

La actividad alemana en Argentina hace pensar en la situación en el Sudoeste y Sur asiático durante la Segunda Guerra Mundial. ¡Cuántas esperanzas suscitó el imperialismo japonés como barrera a las pretensiones imperiales de Gran Bretaña o Francia! (En los años treinta en Argentina trabajaron pequeñas empresas japonesas, y se creó un efímero comercio con Japón). Por otro lado, en los países de Próximo Oriente no faltaban tendencias que querían fomentar un enfrentamiento abierto entre Alemania y el colonialismo inglés y francés en la región. La URSS, por su parte, estaba construyendo un sistema mundial alternativo, detenido por Polonia en el año 1920, manifestado en Argentina principalmente a través de la prensa, los comentarios de solidaridad durante la guerra y, hasta 1945, fecha de su ilegalización,

en la actividad del Partido Comunista de Argentina. Cabe señalar que, el partido no había cedido a al *browderismo* con su visión optimista de los Acuerdos de Teherán como principio de una cooperación amistosa de las potencias occidentales con la URSS al finalizar la guerra. En cambio “Yalta”, pudo marcar la filosofía de la política de Perón. Se sabe menos de la actividad de los servicios secretos soviéticos en Argentina que de las regulares dotaciones en oro para financiar el PCA.

En un principio, había en Argentina un profundo desconocimiento del carácter genocida del aparato de guerra hitleriano. Sin embargo, no eran pocos los que manifestaban sus simpatías por el estado alemán, y los agentes de espionaje alemanes se movían por el territorio argentino con casi una libertad parecida a la de los de los países agentes aliados. Aun así, las relaciones económicas con el Reich fueron perdiendo importancia poco a poco y, a partir del 1942, las materias primas argentinas servían casi exclusivamente a la actividad bélica de los aliados. No cabe la menor duda de que, en aquel momento, la mayor parte de la población era favorable a los aliados, y prácticamente nadie quería que el país entrara en la guerra. Así, Argentina permaneció neutral casi hasta el final de la guerra, hasta el momento cuando el gobierno declaró la guerra a Japón y a Alemania, con el fin de formar parte de la ONU.

La supuesta relación del neutralismo argentino con las simpatías proalemanas del ejército nunca fue convincente. Esas simpatías proalemanas se limitaban a la admiración por los oficiales prusianos que se encargaban de la formación militar en Argentina, aunque es cierto que los éxitos alemanes de la primera etapa de la guerra favorecían el prestigio de la Wehrmacht, sucesora de la Reichswehr. Hay que tener en cuenta que, pese a las simpatías pro-nazis en el ejército, la mayoría de los militares optaban (al igual que otros grupos de la sociedad) por las soluciones de los autoritarismos fascistas ítalo-españoles, de Mussolini y de Franco. Dejemos de lado las causas universales del síndrome fascista o de la personalidad autoritaria, porque tienen un carácter universal. En cambio, los nacionalismos dirigidos en contra de la posición dominante de los ingleses y estadounidenses se sentían atraídos por la política de los estados fascistas.

El gobierno hacía la política de neutralismo que, en el fondo, era favorable a la coalición en contra de la agresión de los países del Eje. Todos los gobiernos que durante ambas guerras mundiales hacían la política de neutralismo, ya sean formados por radicales, conservadores o militares, hicieron gala de un neutralismo concordando con la opinión de la mayoría de la población que apoyaba a los aliados. Los métodos de hacer tales políticas evidentemente dependían del tipo

del gobierno (1) civil, como resultado de las elecciones a menudo cuestionadas, del impacto de las tendencias autoritarias de la gente en el poder, así como de la composición (2) del gobierno militar, evidentemente autócrata, pero no totalitario. Desde el punto de vista del neutralismo todos estos gobiernos reflejaban democráticamente la orientación de la mayoría de la población.

No cuesta comprender las razones por las que no pocos americanos y muchos europeos, especialmente polacos, rusos o habitantes de Yugoslavia (exceptuando a los croatas) valoraron negativamente el neutralismo argentino; en este caso suena „natural” la pregunta-reproche, ¿por qué Argentina no entró en la guerra (contra los alemanes)? Tal pregunta puede ser, en buena parte, el fruto de una perspectiva eurocentrista.

Para un europeo de edad, el término “guerra mundial” es algo unívoco, tanto si las experiencias personales que lo definen son las de la infancia o de la primera juventud, mientras que, en las generaciones más jóvenes lo hacen los relatos de los abuelos, padres, los manuales escolares o con menos frecuencia, el cine. En la mayoría de los territorios extraeuropeos la cuestión se presentaba de manera diferente. Para los argentinos, durante los primeros dos años de conflicto, la Segunda Guerra Mundial, al igual que la Primera Guerra Mundial no era más que otra *guerra europea*. La reciente expansión de Japón en el continente asiático estaba ya lejos, en el amplio sentido de la palabra. Por otra parte, la entrada en la guerra del „Coloso del Norte”, de los Estados Unidos, de los „yankees” odiados más si cabe que los ingleses, no favoreció la comprensión de la guerra. En Argentina, los americanos eran vistos cuanto menos, con desconfianza, a causa de sus intervenciones militares y su creciente dominación en el hemisferio occidental. Por otro lado, para muchos de los habitantes de Argentina, país fundamentalmente formado por inmigrantes, no resultaba indiferente lo que sucedía en la guerra en Europa, la tierra que habían abandonado hacía no mucho tiempo. Pero finalmente, en la opinión de los argentinos y de muchos otros pueblos y naciones pertenecientes a la periferia que pronto iba a ser llamado “tercer mundo” (en recuerdo del histórico “tercer estado”), la Segunda Guerra Mundial era una guerra ajena, por intereses ajenos y, además, realizados en parte a costa de la dicha “periferia”. Los voluntarios ingleses o alemanes de Argentina entraban en filas de los ejércitos británico y alemán; el voluntario polaco se alistaba en las formaciones lideradas por el Gral. Sikorski. Los soldados reclutados desde hacía tiempo por los británicos o los franceses en las colonias africanas o asiáticas podían morir en esta guerra, pero sus verdaderas patrias no podían ganarlas, ni tampoco perderlas

porque sus territorios periféricos más bien constituían una parte del precio a pagar y no eran sujetos ni objetos de la tragedia bélica.

En Argentina nunca se tomó en consideración la posibilidad de entrar en la guerra de parte de los países del Eje. Tal proyecto nunca existió. Sin embargo, no sería descabellado suponer que la participación de Argentina en la guerra de parte de los Aliados no hubiera tenido una gran repercusión para la contienda. Desde un punto de vista económico, poco o casi nada más se podía exprimir de Argentina. (Podría juzgarse la eventual participación militar de Argentina en la guerra tomando como ejemplo las operaciones brasileñas en Europa. La aportación de este país despertaba la admiración, pero no hay que sobrevalorar su significado militar). Quizás habrían bajado un poco los precios pagados por los británicos por los suministros argentinos. Posiblemente, los servicios secretos argentinos hubieran trabajado con más efectividad. Por otro lado, las actividades de los servicios secretos de otros países en el territorio argentino tenían una importancia de tercer rango para el desarrollo de la guerra en los frentes europeos y asiáticos, con la excepción de las actividades relacionadas con la seguridad del transporte de suministros para el mercado británico en el Atlántico.

La literatura más reciente está surtida de informaciones sobre los servicios secretos extranjeros, y permite sospechar de muchas acciones no descritas y supuestamente realizadas por los agentes, pero llama la atención del lector la escasez de datos accesibles de los archivos de contenidos especializados de los servicios secretos, con la excepción de los referentes a los movimientos navales, realmente importantes, aunque no se sabe hasta qué punto completos. A veces cuesta diferenciar las actividades de los servicios secretos de la propaganda en los círculos germanófilos. Por supuesto, los participantes en los procesos descritos trataban la existencia de los servicios secretos de una manera diferente a como hoy la tratan los historiadores. El conocimiento de su existencia seguramente influía en el comportamiento de otras personas, en las relaciones entre políticos, diplomáticos, militares y periodistas. Las actividades de los servicios secretos de las grandes potencias de entonces no tenían tanta importancia como la tienen hoy, cuando influyen en la estabilidad y en la seguridad global.

El neutralismo argentino, aunque parcial, era para el Reich más beneficioso que la eventual, aunque solo fuera simbólica, entrada de Argentina en acciones bélicas conjuntas con los aliados. La presión de los Estados Unidos sobre Argentina para que abandonara su estatus de neutralidad o, al menos, para que rompiera las relaciones diplomáticas con los países del Eje tenía su justificación, sobre todo

porque los Estados Unidos, en su panamericanismo, pretendían “vencer diplomáticamente” a Argentina e, indirectamente, al Reino Unido. Esas causas eran las más visibles, aunque, en aquellos tiempos, los imperialismos eran reflejo de la lucha por las materias primas, independientemente del sentido que se dé al término “imperialismo”, bajo la influencia de los autores como de Hobson, Hilferding, Bucharin o Lenin. El gobierno de los Estados Unidos, el „Buen Vecino” del norte, aprovechaba demagógicamente la lucha contra el fascismo como pretexto, para poner fin a la política de los gobiernos argentinos contra el panamericanismo de Washington. (El FBI estaba presente hasta en un país como Ecuador donde no había alemanes). Finalmente, en Argentina se llega al punto de identificar a la postura neutralista con la del cuestionamiento de la relación de dependencia-dominación, con la independencia de los Estados Unidos.

Para Gran Bretaña el neutralismo argentino era fundamentalmente positivo. Lo importante era asegurarse (1) los suministros de materias primas de Argentina (principalmente ternera congelada o refrigerada), y proteger (2) las inversiones, en un momento en que las líneas de comercio, tanto con Australia y Nueva Zelanda como las rutas en el Atlántico Norte estaban permanentemente amenazadas. Todo se desarrollaba conforme a los deseos y facilitaba el funcionamiento del estado británico. Por ello, el gobierno de Londres no presionó, como los hicieron los Estados Unidos, para no molestar al gobierno argentino ni introdujo al gobierno argentino en una lista negra semejante la a que incluyó a Japón en 1941. Los objetivos e intereses británicos y argentinos convergían a corto y a largo plazo. No puede decirse lo mismo del caso de los Estados Unidos: el panamericanismo como el objetivo principal tendía a limitar sus intereses económico-militares en las relaciones con Argentina. En condiciones de rivalidad económica entre los anglosajones, la clara divergencia de los objetivos de la política argentina y, más ampliamente, latinoamericana, entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña profundizaba las diferencias entre estas dos potencias que, para los británicos, era más bien desfavorable. En el proceso de la „transición de baja conflictividad” Los Estados Unidos fueron ocupando poco a poco el lugar del Reino Unido como potencia dominante en el mundosistema. Incluso en la actualidad, en este año de la tercera edición del presente libro, el pacto del libre comercio entre los Estados Unidos y el Reino Unido después del *brexit* sigue siendo objeto de negociaciones interminables. Forma también parte de *special relationship* como resultado de una nueva “transición de baja conflictividad”.

La posición de la tercera de las potencias de la Europa Occidental durante la guerra se volvió marginal. Francia, ocupada y dividida durante la guerra, dejó de contar. Ya antes de la guerra la posición de Francia, de poca envergadura en cuanto a las inversiones, se había reducido a mantener su presencia dominante en los patrones de moda franceses y la arquitectura. Era visible entre las élites argentinas, por su atractivo cultural y turístico, por la importación de ropa y de muebles franceses a las lujosas casas de los terratenientes argentinos o a las sedes de los empresarios de la industria, así como en la fama de la novela francesa y del idioma francés entre sus representantes. Un reflejo muy característico de la cultura política francesa se manifestó en la popularización en toda Argentina, relativamente tarde, contando a partir de la primera *guerra europea*, del nuevo uso del vocablo *anglosajones*, procedente del francés del siglo XIX que con el que se identificaba a países como los Estados Unidos y el Reino Unido, en algunos casos a otros, como Australia, Canadá y Nueva Zelanda.

La génesis del término *anglosajones* radica en los seis últimos siglos del primer milenio de nuestra era, en la historia de Inglaterra después de la caída del Imperio Romano en la isla, y el nacimiento, durante este período, de diversos reinos, dominados por los colonos sajones en Inglaterra, donde San Agustín de Canterbury „convirtió” al primer rey al cristianismo, cuatrocientos años antes que San Adalberto en Prusia.

En cambio, el nuevo uso de la palabra francesa de los siglos XIX y XX reflejaba el sentimiento de distancia y superioridad de la *civilisation française* frente a una cultura identificada como ajena. Hoy día, especialmente en los Estados Unidos de América, este vocablo significa una manifestación de supremacía racial, cercano al WASP (*White Anglo-Saxon Protestant*). Yo también utilizo el término *anglosajones* en este libro, recurriendo al lenguaje culto de los polacos de la primera mitad del siglo XX que expresa su mayor distanciamiento de la cultura política inglesa (y más de la estadounidense) que de la francesa. Algo semejante ocurría en la cultura argentina. El término *anglosphere* aún no se conocía. Es curioso, sin embargo, que en el discurso público de la cultura política de Argentina dominara la fraseología de Washington del “interés nacional”, sobre la ítalo-francesa *raison d'État*. La ideología de la *Hispanidad* aún sobrevivía solo en el tradicionalismo de derechas de las clases privilegiadas.

No era paradójico que en el larguísimo enfrentamiento diplomático de Argentina con la potencia imperial de entonces en expansión (Los Estados Unidos de América) los gobiernos argentinos no se expusieran a sanciones por parte del imperio tradicionalmente hegemónico y con más fuerza en La Plata (es decir, el imperio británico), el

resultado de su postura de no sentir el miedo real del más inhumano de los imperios (alemán nazi). En esto precisamente se manifestaba una norma más universal: las controversias entre los grandes imperios occidentales (en el centro dominante mundosistémico) favorecían la libertad de movimiento de los países dependientes (es decir, de los países periféricos del mundosistema). Por otra parte, hay que tener en cuenta que la hegemonía de una potencia no solo se refiere a su capacidad diplomática o militar. También la imitación es prueba de la efectividad de una influencia, por ejemplo, en el proceso de modernización, adoptando conceptos y modos de proceder, normas legales, etc. de la parte que ejerce la influencia. Al respecto, el país periférico debe interpretar en la dirección adecuada, las acciones de la potencia, aunque éstas sean graduables y discontinuas.

Los oficiales argentinos en el poder, a diferencia de sus antecesores civiles, buscaban una industrialización más rápida, no mediante un programa de sustitución de importaciones, sino imitando los modelos de éxito de los Estados Unidos y Alemania, las ideas, normas y, por supuesto, las patentes que tales estados les ofrecían. No era una modernización comprendida como un proceso enfocado en las innovaciones locales, usando modelos extranjeros con la idea de unirlos con los locales: pero carecían de su base propia. Incluso en Alemania el proceso de sustitución de la economía basada en la agricultura por la industrial era mucho más lento que en los Estados Unidos y en Gran Bretaña (en esta última, gracias a su previa industrialización, el proceso se estaba realizando paulatinamente, sustituyendo cultivos de trigo por ganadería). Esto podía dar que pensar a los argentinos. Lo decisivo en este caso, y lo que dificultaba la política de la industrialización, fue la falta del capital propio para invertir en la industria. Los grandes *estancieros* transferían sus beneficios al extranjero, a la vez que se aprovechaban de los créditos nacionales. La importación del capital aumentaría la dependencia de otros países, lo que rechazaban los militares. Por añadidura, la productividad era mucho más baja en Argentina que en las potencias desarrolladas. Llegué a esta conclusión, a falta de materiales y fuente, por medio de un análisis cualitativo y una buena dosis de intuición propia. Cuesta interesar a los lectores con los índices de la productividad: ¿quién se pondrá a dividir los datos del PIB por él, muy relativo, número de horas trabajadas en toda la economía, si hasta resulta difícil encontrar a un experto en este tema? Además, hay que tener en cuenta que este modelo económico tenía la virtud de no aumentar el paro y con ello no causaba crecimiento de tensiones sociales. Sin embargo, la productividad es el fundamento del ritmo de crecimiento de cualquier economía (también aquellas

sometidas a una reestructuración lenta). Faltan datos de comparación del número de horas de trabajo por un sueldo medio, con el valor de la producción, tampoco encontré en las fuentes referentes a Argentina la información sobre la recepción del taylorismo o fordismo. Dudo también que los políticos o los *estancieros* conocieran el libro de Veblen en el que desarrolla su teoría de la “clase de vagos” (*Leisure Class*) y su idea de la *productivity*. El sector de la industria de transformación crecía poco a poco, la sustitución de los productos industriales importados avanzaba lentamente, entre otras cosas por la falta de una base científica y técnica y por el desconocimiento total entonces, de la hoy evidente, importancia estratégica del sector de servicios y de su superioridad estratégica sobre el industrial.

¿Tenemos el derecho de decir que aquellos años no tuvieron su esperanza y su aportación en los esfuerzos por conseguir una mayor independencia de Argentina? Por supuesto que no. Fue una época del complejo, y lento por necesidad, proceso de la construcción nacional (la nación en el sentido etno-cultural, un ingrediente social del “Estado-Nación” o “estado nacional”) y de la radicalización social, con consecuencias visibles en el terreno político. A la vez que la economía argentina crecía paulatinamente, se producía una reagrupación en los pactos existentes, y un cambio en la estructura social, con consecuencias en la política. Estas transformaciones se fueron traduciendo cambios importantes de mentalidad, más aún, teniendo en cuenta un contexto histórico marcado por los fuertes debates provocados por la guerra y los cambios sucedidos en el mapa político de Europa, todos ellos de gran importancia para la numerosa población inmigrante. Aún más importante parece, desde la época de la lucha de Perón por el poder, la inclusión de las amplias masas del proletariado urbano en el proceso político del país, bajo el lema de *justicialismo*, que aspiraba a la formación de “la ciudadanía”, con la idea de la justicia no meramente redistributiva. La propaganda peronista vociferaba el avance de grandes grupos sociales transformando el sistema capitalista que, según las palabras de Perón (*tercera posición*) iban a transformarse en un sistema de tercera vía, entre el capitalismo y el socialismo. Así el capitalismo argentino, ya de por sí diferente, imitaba el capitalismo de los países más desarrollados. Después de un corto periodo de tiempo en un nuevo modelo social que pretendía recordar el modelo *welfare state* de los países desarrollados, la realización del concepto de Juan Perón, unida al lema de la justicia, fue beneficiosa para el proletariado urbano, pero, proporcionalmente, no tuvo tanto éxito que *welfare state*.

Las circunstancias políticas de la lucha por el poder en Argentina favorecían el fortalecimiento populista y anti-elitista de la base social del nacionalismo argentino, teniendo en cuenta que, en el vocabulario político hispanoamericano el término *nacionalismo* no está tan cargado de chovinismo como él los idiomas del este y centro de Europa: su significado se acerca más al “patriotismo” polaco que al “nacionalismo” polaco. Pero no al patriotismo crítico. El nacionalismo argentino se construyó sobre un fundamento estatal y no étnico. Recordemos los significados del término *nación*, al igual que el inglés *nation*. El populismo en una democracia deficiente podría, hipotéticamente, implicar el aumento de la participación en la creación de instituciones del sistema democrático. Debido a la falta de investigaciones no se sabe cuánta gente en estas masas movilizadas, consideradas (y no sin razón) como pro-peronistas, realmente votó a la derecha y cuánta a la izquierda en las elecciones del 1946.

El dinamismo de la sociedad multiétnica, con la mayor tasa de inmigración del mundo en aquellos momentos, favorecía la tolerancia estatal frente a todos los inmigrantes, empezando por los republicanos españoles de la segunda mitad de los años treinta, cuando se les aseguró refugio y empleo a los profesores antifranquistas en la universidad de Tucumán. Después de la guerra, Argentina acogió a decenas de miles de criminales alemanes. También acogió a miles soldados de las fuerzas Armadas Polacas en el Occidente desmovilizadas, que partían de los puertos italianos y británicos con sus familias y llegaban a Buenos Aires. A los alemanes, supuestamente altamente cualificados, se les posibilitó la muy lucrativa continuación de sus profesiones. Esos „talentos” que antes aplicaban en el trabajo criminal y después para escapar de los tribunales en Europa. Por otra parte, tales „talentos” o colaboradores de nazis tuvieron igual suerte en no pocos países de América, e incluso en la República Federal de Alemania.

La política argentina pecaba de incongruencias, a veces tan solo aparentes, pero a menudo incomprensibles para un europeo o para un habitante de los Estados Unidos. Más aún, valorada negativamente desde la experiencia polaca, europea y judía, la más trágica de las experiencias históricas. Insisto en lo que es fundamental durante este largo período: Argentina, pese a su enorme territorio y a sus altos ingresos por las exportaciones seguía siendo un país dependiente del comercio y de la industria, así como de las inversiones de los países del centro mundosistémico. También de su política: la rivalidad de las grandes potencias influía pero no determinaba. La política del desafío ante las grandes potencias, soberanamente anclada, era evidente, más que en las décadas anteriores.

La difícil tarea de la construcción nacional fue el proceso social fundamental que lo abarcaba todo en Argentina. Para entender esta situación, hay que partir del individualismo de los pequeños grupo de emigrantes llegados después del 1810, y todavía no suficientemente implicados en la participación en el estado, o la existencia de los descendientes llegados a partir de la segunda mitad del siglo XIX de territorios europeos de la democracia poco arraigada, lo que favorecía la aparición de gobiernos militares de carácter autocrático o de gobiernos democráticos favorecedores de soluciones presidencialistas o de control electoral.

A veces se mencionaba el vocablo *asimilación*, pero siempre dentro del marco de las instituciones del estado con población de procedencia europea casi en su totalidad. El levantamiento de las fuerzas nacionalistas-patrióticas de los jóvenes (F.O.R.J.A Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina) tuvo menos repercusión entre las masas de la que había esperado. Más visible era el uso público del término *argentinidad*, cuyo sentido se presentía. No obstante, el individualismo de los emigrantes o su estrecha pertenencia a grupos limitados de personas aún no implicadas firmemente en la construcción del estado (nacido en el año 1810), de los descendientes de aquellos que habían llegado a partir de la mitad del siglo XIX de las regiones europeas con pocas raíces democráticas, facilitaban el poder presidencial muy fuerte en un sistema de autoritarismo electoral y la aparición del poder autocrático de los militares. Las relaciones de los diferentes grupos de inmigrantes con sus países de origen, sus lazos personales y, hasta cierto punto, los de sus hijos y nietos nacidos en Argentina con los países de sus antepasados, eran diversas y su nueva identidad nacional a menudo estaba forjándose en el período que aquí tratamos, a veces al alimón con una clase de patriotismo retrospectivo y nostálgico de su país europeo. Las regiones de su procedencia encontraban su reflejo en una variedad de asociaciones, pero las diferencias culturales como surcos se sobreponían a la cotidianeidad de los contactos en sus lugares de residencia, trabajo, etc.

La identidad argentina aún no había cristalizado cuando el estado se enfrentó a la primera y después a la segunda guerra mundial. Ambas dividieron el mundo en bandos, incluidos los países formados por la emigración, también dividieron a la población de Argentina y creo que solo el antisemitismo no necesitaba de la guerra para hacerse presente en casi todo el mundo. Sin embargo, el reto lanzado en forma de la política de neutralidad era una muestra del desarrollo de la identidad estatal argentina, étnicamente débil, que, a veces, se identificaba la soberanía con la soledad del país aún tan poco avanzado

en su proceso de la construcción nacional. Seguramente se trataba del desarrollo del estado como una defensa autónoma de las fronteras del país y no como la defensa panamericana. Cabe mencionar la inseguridad experimentada por los ciudadanos a la hora de buscar apoyo en las instituciones del estado la falta de un estado de derecho democrático bien desarrollado, que a veces tomaba como modelos elementos extraños a la historia del país, claramente relacionados con la dominación ajena.

El neutralismo, pocas veces llamado de este modo, siendo una clara muestra del fortalecimiento de la soberanía argentina, fue objeto de disputas internacionales, perdiendo importancia tras el final de la guerra. Al mismo tiempo creció el peso de los Estados Unidos como primera potencia occidental, superando a las antiguas potencias, como p. ej. el Reino Unido y, por supuesto, Alemania, así como Francia e Italia. El dólar, basado en el oro y en el apoyo de un banco central, desde el año 1944 (Bretton Woods), determinado como la base del cambio internacional de divisas hasta los tiempos del presidente Nixon, era lo que dificultó al gobierno argentino (y a otros gobiernos de países periféricos) las maniobras políticas en las relaciones con los estados del centro histórico mundosistemático. Se hizo notar también la inseguridad de los exportadores agrícola-ganaderos de Argentina en cuanto a *terms of trade*. En estas condiciones se tomó la arriesgada decisión de destinar las reservas en divisas y oro para la compra de ferrocarriles (en manos de una empresa franco-británica) y, además, la concesión, en abril del 1946 de un préstamo a la España de Franco.

Durante todo este tiempo se mantuvieron las dudas de la población argentina en relación al funcionamiento del sistema electoral, especialmente a partir del 1930. Los gobiernos civiles (constitucionales) caían generalmente en el autoritarismo. Los gobiernos militares eran claramente autócratas. El sistema de partidos no estaba bien articulado. La democracia basada en el respeto a la ley seguía siendo más un postulado que un hecho real. En cuanto a la existencia de una sociedad civil, estaba en fase embrionaria: quizás, en algunos estadios durante los partidos de fútbol o en las pocas Iglesias católicas con sus dos por ciento de fieles en las misas del domingo, o algunas formas semejantes, entraban en contacto los límites de las culturas étnicas. Las escuelas estatales podían dar fruto, pero en el futuro. La gran prensa se interesaba por el mundo, por Europa y menos por lo nacional. La afluencia bastante fuerte de diferentes grupos de Europa después de la guerra, que ya mencionamos antes, especialmente los nazi-racistas alemanes y otros fascistas, e incluso mucho menos numerosos polacos, complicaba aún más el proceso de la construcción nacional argentina

que exigía un largo período de integración. Seguían sin tenerse en cuenta las personas nacidas en las sociedades que continuaban la presencia de *pueblos originarios* precoloniales. Además, seguía latente el viejo conflicto referente a la forma del estado entre los federalistas y los unitaristas. La idea de la justicia social era, en cierto modo, una ilusión de Perón, pero la vagas promesas de justicia que causaron las grandes manifestaciones a finales del año 1945 y comienzos del 1946, no tuvieron más resultado que el agravamiento de las tensiones sociales y políticas y hoy sabemos, que no solo los grandes terratenientes y los inversores extranjeros, sino también algunos nacionalistas pequeñoburgueses rechazaban sus ideas. En cuanto a la formación política y social de la mujer, esta tuvo un importante impulso a través de la influencia positiva sobre las masas populares la figura de la esposa de Perón.

Económicamente, la resistencia de los sucesivos gobiernos argentinos a la influencia política de las grandes potencias decayó tras el final de la guerra debido al nacimiento tanto de una nueva constelación de grandes potencias, rivales entre sí, como de la mencionada reorganización de las relaciones financieras y comerciales internacionales. Esta situación favoreció la dinamización de los cambios sociales y la inestabilidad del estado, volviendo inseguras las perspectivas económicas de Argentina. A juicio de los grandes diarios argentinos y de políticos más importantes, el tejido de dominaciones y dependencias iba reforzándose desde 1944 por la actividad del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial. `Dado que las fuentes favorables a la postura social de retar la dominación extranjera seguían activas, estaban unidas a la política del gobierno argentino, y aparecían junto con el proceso de construcción de la nación y de la identidad argentina, (incluyendo, por ejemplo, el reforzamiento de los rasgos locales del idioma español). También seguía teniendo su influencia la falta de estabilidad de cooperación democrática efectiva. En estas condiciones el futuro no podía esbozarse nítidamente.

Medio siglo después de haber escrito este trabajo he comprobado, cómo el acceso a los archivos se ha vuelto más fácil, la metodología y los métodos de investigación más refinados; aparecen nuevas publicaciones sobre la historia de la política argentina. Los historiadores siguen teniendo mucho que hacer. Ofrecerán en el futuro una imagen mucho más detallada de los hechos y de las personas aquí descritas.